

Morueña Estringana



**MI INQUIETA
ESCOCESA**

Las hermanas McAllen III

booket

Moruená Estríngana

Mi inquieta escocesa

Las hermanas McAllen 3



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Elena Pero / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.763-2023

ISBN: 978-84-08-27558-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

ELSIE

—¿Y ese es tu gran plan? —Molly me mira con los ojos como platos mientras arreglo un par de macetas mustias.

—Es un gran plan.

—A Grayson le va a dar un ataque.

—No le dará nada. Está casado con Elle, por lo que sabe que no seré fácil.

—No, pero tú esperas que te dé por imposible y te entregue parte de tu dote para vivir libre.

—Para ser una solterona sin nadie que me controle.

—No tienes que casarte si no quieres, pero no te cierres al amor.

—No lo hago, pero dudo que un día pueda amar a alguien. El amor no está hecho para mí.

Me abraza.

—Esto va a ser una locura. No sé cómo mamá te ha consentido tanto...

—Mamá no está bien —admito—. No tenía fuerzas

para cuidar de mí. —Molly se pone triste—. Traté de sacarla de ese pozo hasta que me consumió cuando te fuiste.

—Eso no lo sabía.

—No he estado viajando por Escocia, sino que he intentado que nos acompañara. Pero no ha querido. Se ha encerrado en su mundo y me rogó que la dejara sola, que viniera con vosotros. Si el amor hace eso..., no lo quiero en mi vida.

Noto que me recorre un escalofrío ante el horror de que el amor me haga ser una muerta en vida, y eso que mi madre no quería a mi padre. Pero, cuando este murió, se cerró en su mundo y no fue capaz de salir. Cuando mi padre falleció fue como si de golpe los hubiera perdido a los dos, provocando que me sintiera muy sola.

No seguí a mis hermanas porque tenía la esperanza de salvar a mi madre; de ayudarla a salir de ese pozo. Al final, mi tía me convenció para que me marchara y viviera mi vida, dándome la oportunidad de ser feliz.

Acepté, pero con la idea de no pertenecer a nadie, de convertirme en una solterona libre.

—Mamá no amaba a papá —apunta mi hermana.

—Pues imagínate si lo hubiera amado.

Sigo con la maceta y pienso en mi madre.

Cuando Molly se marchó, me prometió que podría pasar un año libre, visitando lugares de Escocia, pero la realidad fue otra. Cada vez que hacía amago de irme, ella se hundía y me decía que la estaba abandonando.

No pude marcharme hasta que Grayson mandó un carruaje en mi busca y mi tía me animó a que me fuera. Ella cuidaría de mi madre y la convencería para que regresara con su familia. Tal vez el hecho de verse sola la haría reaccionar.

Acepté y me subí a ese carruaje con ansias de conocer mundo. Es por eso por lo que los convencí de dar un rodeo.

Luego, me dejaron un caballo y regresé sola.

Lo necesitaba para estar fuerte tras unos años complicados.

Por eso no quiero pasar por un matrimonio que me haga tan infeliz como a mi madre.

Mi plan debe salir bien.

La única pega es que las mujeres solteras casi no tienen opciones en la vida. Esa es la única y gran tara de todo esto. Una mujer sin el apoyo de un marido no es nada en esta sociedad. Es el único punto débil de mi plan y lo que hace que a veces piense si al final no me quedará más remedio que aceptar que mis sueños no están hechos para esta vida.

Me da un poco de miedo ese momento. Ese instante en el que deba aceptar que mi vida nunca será como yo la he soñado. De aceptar que este mundo no está hecho para mujeres como yo. Me da miedo acabar como mi madre, hundida en un pozo de tristeza del que no sé salir porque la vida que me rodea no es lo que esperaba.

—Hasta que te alcance el amor. —Molly pone esa mirada de tontita que me avisa de que mi cuñado está cerca.

Me giro y ahí está Jared con la pequeña Amanda en brazos. Se acerca hasta nosotras y da un beso en la mejilla a mi hermana, cargado de amor.

Me alegro mucho por mis hermanas. Han encontrado algo que escasea en este mundo, pero que a mí me da pavor.

El amor no trae nada bueno, aunque espero que a ellas sí.

Ya me han puesto al día de todo.

Me ha aterrado saber que Elle creyó que Molly estaba muerta. Si hubiera estado en Londres, al saber que la madre de Jared lo ideó todo creo me habría enfrentado a ella. Entiendo que Jared dejara que se marchase, pero yo no me hubiera podido quedar quieta. Hizo pasar a mi hermana y a mi cuñado por un infierno. Y a sus propias hijas.

Grayson ya me ha avisado de que no me obligará a nada, pero que por favor no me meta en líos. Se lo he prometido... con los dedos cruzados en mi espalda.

Estoy deseando meterme en líos, pero nadie lo sabrá.

Por el día seré una perfecta señorita..., pero por la noche seré quien yo quiera.

A esta escocesa no la va a retener nadie más.

BENNETT

—De esta temporada no pasa que mamá te quiera casar.

—Que desee lo que quiera. Aún no me pienso casar —le digo a mi hermana, que ha venido de visita a mi casa condal.

No tiene buena cara y se está convirtiendo en una urraca amargada como nuestra madre. Seguramente sea para sobrevivir a un marido horrible.

No nos criaron para ser hermanos amorosos.

A mí siempre se me educó para ser el conde, el hombre de la casa, el futuro heredero de este título que me asfixia, y a ella para ser la señorita perfecta para contraer un buen matrimonio.

Intenté impedir que la casaran con alguien horrible y por eso aprovecharon mi viaje lejos de la ciudad para llevarlo a cabo. Que mi madre me jurara que no haría nada sin mí no importó a la hora de correr para celebrar unas nupcias adelantadas.

Cuando regresé, ya era tarde.

Al poco, murió mi padre y me tocó heredar el título de conde, mientras todos creían que seguía de viaje lejos de Londres.

La realidad es que hacía tiempo que había regresado.

Me tocó salir a la luz para salvar a otra de las hermanas McAllen... De verdad, esas mujeres tienen un imán para meterse en problemas.

Adoro a mi amiga Elle y me encanta su fuego, pero no sé si podría estar al lado de alguien que no mide el peligro que corre.

Aunque, si soy sincero, los retos siempre han sido un aliciente en mi vida. Tal vez por eso nunca he encontrado a la mujer perfecta para mí. Me gustan aquellas que tengan más aspiraciones en la vida que casarse y tener hijos. Mujeres a las que esta sociedad que las anula no haya corrompido.

Como las alocadas McAllen, que van de un lío a otro.

Cierto es que ellas no tuvieron la culpa de acabar así, pero tarde o temprano se meten en problemas solas. Y más porque han decidido seguir la vida oculta de sus maridos.

Oculta para todos menos para mí. No hay secreto de esta ciudad que no sepa.

Por un buen precio la gente es capaz de vender lo que sea, y los secretos más jugosos son los que mejor se

pagan. Y si alguien no habla, invítalo a beber. Eso le soltará la lengua.

Ellos no son los únicos que tienen una doble cara, pero lo hacen para ayudar a la pobre gente de esta ciudad.

Yo lo hago para ser el más listo de todos. Para que nadie me pase por encima y, también, por puro egoísmo, porque solo si domino a todos nadie más me controlará a mí.

O eso quiero creer.

Capítulo 2

ELSIE

He perdido la cuenta de los vestidos que me he probado para esta temporada. Por suerte, le pude dar a la modista indicaciones de la ropa que deseaba: pantalones, camisas y vestidos sencillos.

No pienso ir vestida todo el día como una adorable debutante. Aunque he de admitir que algunos vestidos son altamente preciosos y, cuando me los he puesto, me he visto radiante. Mi lado coqueto me hizo moverme ante el espejo y observar a la mujer en la que me he convertido.

Mi pelo negro es como el de mi abuela. Es la mujer que más admiro por hacer que Elle nos transmitiera la capacidad de pensar que podíamos ser algo más de lo que se esperaba de nosotras.

Me parezco mucho a mi hermana Elle. Si no fuera por el pelo negro, pasaríamos por gemelas. Mis ojos aguamarina son como los de ella.

Parecerme a mi hermana mayor, mi referente, es un orgullo para mí.

Regresamos a casa y, sola en mi habitación, me pongo unos de los pantalones que me he traído para bajar a continuación al invernadero.

Se nota que Elle, con tantas cosas de las que ocuparse, lo ha dejado un poco de lado. Sobre todo, porque hasta hace poco hemos estado en el campo.

Llegamos hace dos días y no sé si estoy preparada para los incesantes bailes o para fingir que soy inocente. Si hasta para saber de sexo pagué a una antigua prostituta para que me lo explicara. Lo tengo apuntado en un cuaderno.

Tengo una mente muy curiosa que, cómo no, me ha metido en problemas muchas veces.

Me inquieta saber el porqué de casi todo y anotarlo en mis cuadernos.

Empecé de niña y a mi madre casi le dio un ataque al ver que estaba dibujando la anatomía del hombre y la mujer para resaltar las diferencias.

Me prohibió seguir con mis investigaciones y eso me hundió.

No era capaz de vivir sin ese lado.

Al final, me devolvió el cuaderno y se sentó a hablar conmigo:

—Ser diferente te meterá en muchos problemas, Elsie. —Acarició mi mano—. Pero ya debería saber que mis hijas no nacieron para ser convencionales.

—Eso parece... —Pasé mis dedos por el cuaderno—. Gracias, mamá.

—No me las des. Ser tan listas como sois, con seguridad un día os hará sentir muy desgraciadas cuando os toque aceptar que el mundo no se puede cambiar.

Se levantó y se fue, y, por ese entonces, no la entendí.

Hasta que crecí y supe que lo único que se esperaba

de mí era que fuera una buena esposa, que no tenía más opciones en la vida y que mis conocimientos, con seguridad, nunca los podría compartir con nadie. Pero no dejo de ser así, porque, mientras investigo, me siento viva y, por un segundo, creo que puedo cambiar el mundo.

Aunque ser así me ha mantenido alejada del resto de las personas.

Solo mis hermanas comprenden mi forma de ser.

Para el resto siempre he sido el bicho raro, porque me costaba callarme lo que sabía o hacerme la tonta.

Al final me endurecí.

Tal vez por eso creo que el amor, el de verdad, no me llegará, porque dudo que exista alguien capaz de amar cada parte de mí. Hasta mis locuras.

Nunca he besado a nadie... Bueno, eso no es del todo cierto. Una vez besé a un amigo del pueblo en el transcurso de mis investigaciones. Tuve que pagarle, pero no me importó porque necesitaba explorar si con un beso podías perder la cabeza... y no. Besaba como un pez fuera del agua.

También he coqueteado, pero igualmente ha sido por mis investigaciones.

Me gusta investigar sobre todo, saber más de lo que se espera de mí y tratar de entender lo que nos rodea. Mi curiosidad es mi mayor virtud y mi peor lastre, porque me ha metido en muchos problemas.

En cierta ocasión una prostituta me contó que el sexo es para los hombres, ya que la gran mayoría de las mujeres no disfrutan y les duele. Es por eso por lo que no pienso arriesgarme a tener un recuerdo tan horrible en mi mente. Me basta con mi imaginación, que ya se imagina el acto sexual como si fueras a la guerra sin

escudo. Sangre, dolor y lágrimas tras solo unos minutos de disfrute para el hombre.

No sé cómo la gente pierde la cabeza por algo así, y sí, a veces he pensado en investigar a fondo las razones, pero no he reunido el coraje para enfrentarme a algo tan horrible.

Siempre voy de valiente porque temo que la gente vea el miedo que siento por dentro por ser diferente.

—Tía... —Harry se tira sobre mi espalda y me abraza con fuerza.

Me doy la vuelta y le doy un beso.

Es precioso y seguro que de mayor será mucho más guapo que su padre, y eso que este quita el aliento.

Le enseño a cambiar de tiesto unas plantas y lo hace con mucho cuidado. No hay duda de que ha heredado la delicadeza de su madre. Cuando me mira sonriente me pregunto si, cuando crezca, el mundo será diferente para todos. Yo ya he asumido que para mí no.

Se marcha corriendo con la niñera y sigo concentrada en lo que hago. Escribir o trabajar con las plantas me hace sentirme en paz.

Al acabar, me marcho a las cocinas y me siento en una de las mesas tras coger una manzana para comérmela a bocados.

No me pasan desapercibidas las miradas de reproche de los sirvientes.

—¿Qué hay de cena? —pregunto mientras el jugo de la manzana se escapa de mi boca y acaricia mi cuello antes de que lo limpie.

—Pichón con guarnición —me informa el cocinero.

—¿Puedo ayudarle con unos trucos que me sé?

—Con una McAllen metomentodo tengo suficiente

—me responde molesto blandiendo el cuchillo como si fuera una espada y me fijo en las rojeces de sus brazos.

Me acerco y las evalúo, aunque gruñe.

—Ahora mismo le traigo una crema para estas rojeces. Ya que no me deja cocinar, me entretendré curando su brazo; y, por cierto, si se lavara más a menudo desaparecerían antes.

—¡Me lavo las manos antes de cocinar, niña impertinente!

Pongo los ojos en blanco y me marchó a por un güento.

Al acabar, se lo doy y reticente lo coge.

Aburrida subo a mi habitación hasta la hora de la cena. Me gusta más el campo que la ciudad. Allí tenía más cosas que hacer o podía montar a caballo.

Aquí tengo que seguir demasiadas reglas para no ensuciar el buen nombre de mi hermana.

Ojalá mi plan salga bien. No puedo perder más tiempo.

Esta noche, cuando todos duermen, lo llevaré a cabo.

Nada puede salir mal. Lo tengo todo estudiado al dedillo.

Mi hermana Molly se queda a cenar y, mientras comemos todos juntos, no puedo evitar perderme en las miradas que se lanzan entre las parejas. El amor que se tienen rebosa en sus miradas.

Mientras como siento un ápice de celos, porque sé que no estoy destinada a tener esto.

Mi mente evoca cuando jugaba con otros niños y curiosa les preguntaba lo que se me pasaba por la cabeza.

—¡Cállate, bicho raro! —me gritaban y se reían mientras hacían burlas.

Me metí en mi primera pelea cuando solo tenía diez años para proteger a un niño, y me llevé un sinfín de palos por ello. Ir de fuerte no es lo mismo que serlo. Cuando los otros niños se fueron cansando de apalearnos, miré al niño que había salvado y descubrí que me observaba con asco.

—Aléjate de mí, rarita —me gritó y salió corriendo para buscar a su madre.

Me marché a mi casa y mi madre me curó cada una de mis heridas.

Por suerte, no dijo nada de mis lágrimas. No me preguntó lo que había pasado ni si estaba bien. Creo que supo que lo que más me dolía no eran las heridas.

Desde ese día me centré más en mis cuadernos, porque ellos no me juzgan. Además, empecé a odiar callarme. Daba igual si lo hacía o no, porque yo no estaba destinada a encajar.

Ahora estoy aquí, para ser la perfecta debutante, y siento que, aunque me esfuerce una vez más, no encajaré. Por eso necesito mi plan B, porque alguien debe cuidar de este bicho raro.

Me disfrazo con la ropa que me compré en el viaje y que ocasionó parte de mi retraso para llegar a casa de mi hermana Elle. La persona que me la vendió me esperaba con las prendas para que las recogiera.

En Escocia conocí a un antiguo actor que me enseñó varios trucos con respecto al disfraz y sobre cómo imitar a un hombre. Él escribió a su amigo enviándole parte del dinero y le indicó lo que deseaba. Le informó

de que a la entrega le pagaría el resto de lo acordado, siempre que hubiera conseguido todo lo solicitado.

Me visto con una peluca blanca y hasta me pongo barba y cejas blancas.

Cuando lo tengo todo listo, salgo al balcón y me cuelgo de la enredadera para bajar. Una vez en el jardín, corro hacia el muro donde he dejado escondido un escalón y lo uso para trepar.

Ya en la calle busco un carruaje vacío que, por unas monedas, me lleve a mi destino.

Lo logro y nerviosa le doy la dirección, poniendo la voz ronca como me enseñó el actor.

Siento un ápice de miedo por lo que estoy haciendo. Algo que ocultaré para que nadie lo note, pero sé que esto es arriesgado.

Llegamos enseguida a un sitio que por fuera parece austero, pero es el mejor lugar de apuestas de la ciudad.

Los sirvientes hablan si sabes cómo preguntarles, y me recomendaron este sin darse cuenta de mis intenciones.

Llamo a la puerta y digo la contraseña.

Me dejan pasar y no ven nada raro en mi indumentaria. Para ellos solo soy un hombre más.

Entro y me recibe una gran escalinata de mármol rojo pulido.

Sobre nuestras cabezas hay una gran lámpara de araña con numerosas velas encendidas.

Desciendo por la gran escalinata viendo las diferentes mesas de juego.

A mí se me dan bien las cartas, pero debo tener cuidado de que nadie note cómo las cuento o seguramente me echarán del establecimiento.

Alzo la mirada y veo en lo alto lo que parece un des-

pacho recubierto de cortinas rojas. Aparentemente no hay nadie tras ellas, pero seguro que, sin que nos demos cuenta, el que dirige todo esto está observando desde lo alto.

Nadie sabe quién es el dueño, pero creen que es un pez gordo de la aristocracia con el dinero y la astucia suficientes para montar todo esto y hacerlo funcionar en tan poco tiempo.

Voy hacia la mesa de cartas y espero mi turno.

Estoy rodeada de hombres en su versión más bruta. Aquí no hay mujeres y no guardan las apariencias. Más de uno debería hacerlo, porque su peor cara no habla muy bien de él.

Lo que me recuerda a mi padre.

Mi padre era pésimo jugando a las cartas, o más bien en el juego en sí. Los números se le daban fatal, los negocios peor, y se empeñó en que un día tendría un golpe de suerte que, sin esfuerzo, le daría el dinero que no había podido conseguir con su inteligencia.

Fue él quien me enseñó a jugar a las cartas de niña cuando mi madre no miraba. Pensaba que, por ser la más pequeña, podría ganarme.

No tardé en vencerlo yo a él y eso lo enfadó tanto que, cuando me miraba, recordaba que yo era mejor que él.

Por eso escondí lo bien que se me daba el juego. Solo Molly lo sabe y, cuando las cosas se pusieron mal con mi padre, me rogó que no dijera nada y que no fuera a apostar por él, porque si no mi padre me usaría siempre para eso.

Solo callé porque me hizo jurarlo y porque creía de verdad que, si mi padre se alejaba del juego, mejoraría.

Pero cada vez la cosa iba a peor y murió odiándonos por no dejarle jugar.

Nunca se curó y no hubo un día en que no nos odiara por su sufrimiento.

Murió creyendo que, si le hubiéramos dejado, un día habría ganado una gran fortuna.

Lo peor es que mi madre se siente culpable por no haber conseguido salvar a su marido.

Me marché de casa con la esperanza de que mi madre dejase de culparse y de que recapacitara. Tiene unas hijas y nietos que la necesitan. Espero de verdad que estar lejos de nosotras la haga reaccionar y regrese como la mujer fuerte que siempre fue. No la que se culpa de no haber podido salvar a su marido y se siente fracasada.

Mi madre no amaba a mi padre y, sin embargo, cuando este murió una parte de ella se marchitó.

Amar a alguien y no tenerlo debe de ser aterrador. Es lo único que no puedo controlar y lo que, por más que me informe, no logro comprender. Me gusta analizarlo todo y entenderlo todo, pero el amor no tiene una sola versión: cada uno ama de una forma distinta.

Por eso prefiero no caer en la tentación de amar a alguien. O eso quiero creer, en vez de aceptar que yo no elijo que alguien me ame.

Me siento a la mesa y sin que nadie lo note cuento las cartas mentalmente. Veo cuántas quedan y qué opciones tengo de ganar.

Tengo mucha memoria, como Molly, solo que ella es más de lo que lee y yo más de lo que veo. Si algo está fuera de lugar, lo noto enseguida, aunque sean unos centímetros. Soy capaz de quedarme con todos los detalles de un solo vistazo y tal vez esta virtud, si fuera hombre, sería algo que elogiar, pero nací mujer y eso quiere decir que debo esconder mi inteligencia para no asustar a nadie.

La primera partida la gano, pero la segunda la pierdo a propósito.

Lo hago varias veces hasta que mi dinero se ha triplicado.

Me marcho sin levantar sospechas.

Al subir las escaleras para irme, miro hacia el despacho desde donde se vigila todo y me parece ver las cortinas moverse.

Me puede la curiosidad de saber quién está detrás de todo esto.

Espero saberlo algún día, ya que no me gusta dejar misterios sin resolver.

Tomo aire y salgo a la fría noche de Londres.

Una vez más, la oscuridad que reina en las calles me aterrera.

Me trago el miedo y busco un carruaje que me lleve de vuelta.

Cuando lo encuentro, respiro tranquila y me recuerdo que esto no ha hecho más que empezar.

Debo ser valiente.

BENNET

Recuerdo al hombre de pelo blanco que miraba hacia el despacho. Su disfraz es bueno, pero yo más. Desde que ha entrado he notado que esa barba blanca oculta a alguien.

No ha ganado mucho y por eso lo dejo ir por esta noche, pero no me gustan las mentiras ni las dobles caras. Si vuelve..., yo mismo averiguaré quién se esconde tras esa peluca.